

mal en este asunto que tanto me interesa. Me voy, pues, inmediatamente á Melun, donde algunos cortijeros que conozco me comprarán los Bordieres con los ojos cerrados, y usted perderá la ocasión de colocar su dinero en tierras al tres por ciento.

—Pues ¿por qué viene usted á buscarnos? dijo Celia.

—Porque ustedes tienen dinero, mientras que mis antiguos clientes necesitarán algunos días para escupirme ciento veintinueve mil francos, y yo no quiero dificultades.

—¡Que se vaya de Nemours, y yo se los daré á usted! repitió Minoret.

—Ya comprenderá usted que yo no puedo comprometer la voluntad de los Portendriere, respondió Bongrand; pero estoy seguro de que no se quedarán en Nemours.

Ante esta seguridad, Minoret, animado por Celia, prometió la cantidad necesaria para pagar la deuda que tenían los Portendriere con los herederos del doctor. El contrato de venta llevóse á cabo ante el notario Dionis, y el feliz juez de paz hizo aceptar las condiciones del nuevo arriendo á Minoret, el cual se apercibió un poco tarde, lo mismo que Celia, de la pérdida del último año, cobrado por adelantado. A fines de junio, Bongrand dejó terminado el asunto de la señora de Portendriere entregándole ciento veintinueve mil francos y aconsejándole que los colocase en papel del Estado al cinco por ciento, lo cual le daría seis mil francos de renta. De este modo, en lugar de disminuir sus rentas, la anciana las aumentaba en dos mil francos. La familia Por-

tendriere siguió, pues, viviendo en Nemours, y Minoret, creyendo haber sido engañado por el juez de paz, como si éste supiese que la presencia de Úrsula le era insoportable, aumentó su odio contra su víctima. Entonces empezó el secreto drama de la lucha de dos sentimientos: el que empujaba á Minoret á echar á Úrsula de Nemours, y el que daba á Úrsula fuerza para soportar persecuciones cuya causa fué impenetrable durante mucho tiempo; situación extraña y rara, á la cual contribuyeron todos los acontecimientos anteriores, preparándola y sirviéndola, por decirlo así, de prefacio.

La señora Minoret, á la que su marido había regalado un magnífico servicio de plata, que le había costado unos veinte mil francos, daba una soberbia comida todos los domingos para obsequiar á algunos amigos que su hijo el sustituto llevaba de Fontainebleau. Para estas suntuosas comidas, Celia hacía venir algunas rarezas de París, obligando así al notario Dionis á imitar su fausto. Goupil, al que los Minoret procuraban desterrar de su sociedad cual persona indigna que manchaba su esplendor, no fué invitado á casa de aquéllos hasta últimos del mes de junio, ó sea hasta un mes después de la inauguración de la nueva vida de los dueños de la posta. El pasante, resentido ya de este olvido calculado, se vió obligado á tratar de usted á Desiderio, el cual, desde que había sido colocado, afectaba un aire grave y arrogante hasta con su familia.

—¿Ya no se acuerda usted de Esther para amar de ese modo á la señorita Mirouet? dijo Goupil al sustituto.

—Señor mío, en primer lugar, Esther ha muerto, y después, no he pensado nunca en Úrsula, respondió el magistrado.

—¿Pues qué me decía usted, papá Minoret? exclamó insolentemente Goupil.

Minoret, cogido en flagrante delito de mentira por un hombre tan temible, hubiese perdido su aplomo á no haber sido por el proyecto que le había movido á invitar á Goupil á comer, acordándose de la proposición que le había hecho algún tiempo antes el pasante de impedir el casamiento de Úrsula con Portenduere. Por toda respuesta, el coloso tomó al pasante del brazo y se lo llevó bruscamente al jardín para decirle una vez que estuvieron solos:

—Querido mío, pronto va usted á cumplir veintiocho años y no le veo en camino de hacer fortuna. Yo le quiero á usted bien, porque, después de todo, no olvido que ha sido usted el compañero de mi hijo. Escúcheme: si usted decide á la Mirouet, que posee cuarenta mil francos, á casarse con usted, le procuraré los medios de comprar una notaría en Orleáns, tan cierto como me llamo Minoret.

—No, dijo Goupil. Orleáns no me gusta, prefiero Montargis...

—No, en Montargis, no; si acaso en Sens.

—Está bien, paso por Sens, repuso el horroroso Goupil. Allí hay arzobispo y á mí me gustan los pueblos devotos, en los cuales se puede prosperar siempre con un poco de hipocresía. Además, la pequeña es devota y allí estará más contenta.

—Entienda usted bien que yo no doy los cien

mil francos hasta que se haya efectuado ya el casamiento de nuestra parienta, á la cual quiero crear un porvenir, aunque sólo sea por consideración á nuestro difunto tío.

—¿Y por qué no también un poco por mí? dijo maliciosamente Goupil sospechando algún secreto en la conducta de Minoret. ¿No es á mí á quien ha de deber usted el poder reunir veinticuatro mil francos de renta en un solo lote y en un terreno tan hermoso como en el de los alrededores del palacio de Rouvre? Con las praderas y el molino que están al otro lado del Loing, podría usted aumentarlo en diez y seis mil francos. Vamos á ver, papá Minoret, ¿quiere usted ser franco conmigo?

—Sí.

—Pues bien, á fin de hacerle á usted sentir mi poder, yo prepararé para Massin la adquisición del castillo del Rouvre con sus parques y jardines, sus tierras y sus bosques.

—Ten cuidado con eso, dijo Celia interviniendo.

—Pues bien, dijo Goupil lanzándole una mirada de vïbora, si yo quiero, mañana Massin tendrá todo eso por doscientos mil francos.

—Déjanos, mujer, dijo entonces el coloso cogiendo á Celia por el brazo y empujándola, yo me entiendo con él... Hemos tenido tantos quehaceres, dijo Minoret dirigiéndose á Goupil, que no hemos podido pensar en usted; pero cuento con su amistad para lograr la adquisición de Rouvre.

—¡Un antiguo marquesado que pronto daría en las manos de usted cincuenta mil francos de

renta, que supone un valor de dos millones, dado el precio á que están las tierras, dijo maliciosamente Goupil.

—¡Vaya! y nuestro hijo podría entonces casarse con la hija de un mariscal de Francia ó con la heredera de alguna familia noble que le llevaría á ejercer la magistratura á París, dijo el dueño de la posta abriendo su enorme tabaquera y ofreciéndole un polvo á Goupil.

—Bueno, ¿hablamos francamente? gritó Goupil sacudiéndose los dedos.

Minoret estrechó la mano á Goupil, al mismo tiempo que le respondía:

—¡Palabra de honor!

Como hombre astuto, y afortunadamente para Minoret, el pasante creyó que su matrimonio con Úrsula era un pretexto para reconciliarse con él, á fin de que no siguiese protegiendo á los Massin.

—No ha sido él quien ha ordenado esa burda trama, en la cual me parece ver las manos de Celia, se dijo el pasante. ¡Bah! abandonemos á los Massin, y de este modo, antes de tres años, seré diputado por Sens.

Y como en aquel momento viese pasar á Bongrand, que se encaminaba á casa de la vizcondesa á jugar al wisth, lo paró y le dijo:

—Señor Bongrand, usted se interesa mucho por Úrsula para mostrarse indiferente por su porvenir. He aquí cuál puede ser éste: si Úrsula acepta, puede casarse con un notario vecindado en un partido judicial del concejo, y este notario, que sería indudablemente diputado antes de diez años, le reconocería cien mil francos de dote.

—Úrsula tiene un partido que vale más que

ese, dijo secamente Bongrand. La señora de Portenduere, que no está nada buena á causa de los últimos disgustos, ha cambiado mucho, la pena la mata, y á su muerte, Sabiniano tendrá seis mil francos de renta; Úrsula tiene cuarenta mil de capital, y como yo los obligaré á especular con su dinero á lo Massin, aunque honradamente, dentro de diez años tendrán una fortunita.

—Sabiniano haría una gran tontería, toda vez que puede casarse cuando quiera con la señorita de Rouvre, hija única que ha de tener dos enormes herencias de sus tíos.

—Cuando el amor nos tiene cogidos, adiós prudencia, ha dicho con razón La Fontaine. Pero ¿quién es ese notario? porque, después de todo... repuso Bongrand por curiosidad.

—¡Yo! respondió Goupil haciendo estremecer al juez de paz.

—¡Usted! dijo Bongrand sin ocultar su repugnancia.

—Sí, señor mío, este servidor, le respondió Goupil dirigiéndole una mirada provocativa llena de animosidad y de odio.

—¿Quiere usted casarse con un notario que le reconocerá cien mil francos de dote? exclamó Bongrand al entrar en la salita dirigiéndose á Úrsula, que estaba sentada al lado de la señora de Portenduere.

Úrsula y Sabiniano se estremecieron y se miraron: ella sonriéndose, y él sin atreverse á expresar su inquietud.

—Yo no soy dueña de mis actos, respondió Úrsula tendiendo la mano á Sabiniano, sin que la anciana pudiese ver este ademán.

—Por eso mismo he rechazado yo esa proposición sin consultarle siquiera.

—Y ¿por qué? dijo la señora de Portenduere. Hijita mía, un notario no me parece tan mal partido.

—No; pero yo prefiero mi agradable miseria, la cual, dado lo que yo tenía que esperar de la vida, es para mí la opulencia, respondió Úrsula. Por otra parte, mi anciana nodriza me ahorra muchos cuidados, y no voy á trocar mi presente, que me agrada, por un porvenir desconocido.

Al día siguiente, el correo llevó á dos corazones el veneno que encerraban dos cartas anónimas dirigidas la una á la señora de Portenduere y la otra á Úrsula. He aquí la que recibió la anciana:

«Ama usted á su hijo, quiere usted casarlo como lo exige su nombre, y favorece su capricho por una ambiciosilla sin fortuna recibiendo en su casa á una Úrsula, hija de un capitán de música, cuando podría usted casarlo con la señorita de Rouvre, cuyos dos tíos, el señor marqués de Ronquerolles y el caballero de Rouvre, que poseen más de treinta mil francos de renta, tienen intención de mejorar á su sobrina mediante un contrato matrimonial, á fin de no dejar su fortuna á ese viejo loco de Rouvre. La señora de Serizy, tía de Clementina de Rouvre, acaba de perder á su hijo único en la campaña de Argel y adoptará también indudablemente á su sobrina. Alguien que la quiere á usted bien, cree saber que Sabiniano sería aceptado.»

He aquí la carta dirigida á Úrsula:

«Querida Úrsula: Hay en Nemours un joven que la idolatra y que no puede verla trabajar en la ventana sin experimentar emociones que le prueban que este amor es para él la vida. Este joven está dotado de una voluntad de hierro y de incansable perseverancia: acoja usted, pues, favorablemente su amor, pues lleva intenciones puras y aspira humildemente á su mano con el deseo único de hacerla feliz. La fortuna de usted, aunque no es despreciable, no vale nada comparada con la que le proporcionaré el día que sea usted mi mujer. Aceptándole, llegará día en que será usted recibida en la corte como la mujer de un ministro. Como la ve á usted todos los días sin que usted pueda verle, coloque usted en el alféizar de su ventana un tiesto de claveles, y con ello le indicará que puede presentarse.»

Úrsula quemó esta carta sin hablar de ella á Sabiniano. Dos días después, recibió otra carta concebida en estos términos:

«Querida Úrsula: Ha hecho usted mal en no responder al que le ama más que á su vida. Usted cree que va á casarse con Sabiniano, y se engaña por completo. Este casamiento no tendrá lugar. La señora de Portenduere, que no la recibirá á usted más en su casa, va esta mañana á Rouvre á pie, á pesar del mal estado de su salud, á pedir la mano de la señorita de Rouvre para Sabiniano, el cual acabará por ceder. ¿Qué puede él objetar? Los tíos de la señorita de Rouvre aseguran su fortuna á su sobrina mediante un contrato, y esa fortuna asciende á sesenta mil francos de renta.»

Esta carta hizo estragos en el corazón de Úrsula, haciéndola conocer las torturas de los celos, sufrimiento desconocido para ella y que, dada su organización sensible, cubrió de luto el presente, el porvenir y hasta el pasado. Desde el momento en que recibió este fatal papel, permaneció en la poltrona del doctor con los ojos fijos en el espacio y sumida en dolorosa meditación. En un instante, la joven sintió que el frío de la muerte sustituía á los ardores de una hermosa vida. ¡Ay de mí! sintió aún más, pues tuvo el atroz despertar que tienen los muertos en la obra maestra de aquel extraño genio llamado Juan Pablo, al saber que no existe un Dios. Cuatro veces intentó la Bougival hacer almorzar á Úrsula, y cuatro veces la vió tomar y dejar el pan sin poder llevárselo á los labios. Cuando la anciana sirvienta quería aventurarse á hacerle alguna consideración, Úrsula la interrumpió con un ademán y con un terrible: «¡Silencio!» dicho con un despotismo tan grande, como grande había sido su amabilidad hasta entonces. La Bougival, que espiaba á su ama á través de la puerta vidriera, vió que se ponía alternativamente roja como si la fiebre la devorase, y violácea como si el escalofrío sucediese á la fiebre. Este estado se empeoró de momento en momento, cuando, al dar las cuatro, Úrsula se levantó para ver si Sabiniano venía á verla, y éste no llegaba. Los celos y la duda privan al amor de todo su pudor. Úrsula, que no se había permitido hasta entonces un gesto que pudiese delatar su pasión, tomó el sombrero y un chal y se precipitó hacia el corredor para salir al encuentro de Sa-

biniano; pero un resto de pudor la obligó á volver á la sala, donde lloró muchas horas. Cuando el cura se presentó por la noche, la pobre nodriza le detuvo en el umbral de la puerta para decirle:

—¡Ah! señor cura, no sé lo que tiene la señorita...

—Yo sí que lo sé, respondió tristemente el sacerdote cerrando también la boca á la atónita Bougival.

El abate Chaperon comunicó entonces á Úrsula lo que ésta no se había atrevido á averiguar: la señora de Portuendere había ido á comer á Rouvre.

—¿Y Sabiniano? preguntó la joven.

—También.

Úrsula sintió un pequeño estremecimiento nervioso que hizo temblar al abate Chaperon como si hubiese recibido la descarga de una botella de Leyde.

—Hija mía, esta noche no iremos á su casa, dijo el cura, y sería conveniente que no volviese usted más, toda vez que la anciana sería capaz de recibirla de un modo que heriría su dignidad. Nosotros, que habíamos logrado que oyese hablar sin disgusto de su matrimonio, no sabemos de dónde habrá soplado el viento para hacerla cambiar de ese modo.

—Nada me asombra, porque lo espero todo, repuso Úrsula con convicción. En estas circunstancias experimento un gran consuelo teniendo la seguridad de no haber ofendido á Dios.

—Querida hija mía, sométase usted siempre

á los decretos de la Providencia, sin intentar interpretarlos, le dijo el cura.

—No quisiera sospechar injustamente del carácter y nobleza del señor de Portenduere.

—¿Por qué no dice usted ya, Sabiniano? preguntó el cura al notar cierta acritud en el acento de Úrsula.

—Sí, de mi querido Sabiniano, repuso la huérfana llorando. Sí, amigo mío, añadió sollozando, una voz interior me dice, á pesar de todo, que Sabiniano es tan noble de corazón como de raza. Ni siquiera me ha confesado que me amaba y me lo ha probado con delicadezas infinitas, conteniendo con heroísmo su ardiente pasión. Últimamente, el día en que el señor Bongrand me proponía un notario para marido, y cuando él me tomó la mano que yo le tendía, le juro á usted que se la daba por primera vez. Si se estrenó con una broma enviándome un beso á través de la calle, después su afecto no se ha propasado, como usted sabe, en lo más mínimo; pero á usted, que lee en mi alma, puedo decirle que este sentimiento ha sido y es para mí el principio de muchos méritos: él me ha hecho aceptar mi miseria y él ha aminorado la amargura de la irreparable pérdida cuyo luto llevo más bien en mis ropas que en mi alma. ¡Oh! he hecho mal. Sí, el amor era en mí mucho más poderoso que el agradecimiento que debía á mi padrino, y Dios me ha castigado. ¡Qué quiere usted! yo me consideraba ya mujer de Sabiniano, y estaba demasiado orgullosa, y, sin duda, es este orgullo lo que Dios castiga. Como usted me ha dicho muchas veces, Dios debe ser el

principio y el fin únicos de nuestros actos.

Al ver las abundantes lágrimas que rodaban por aquel pálido rostro, el cura se enterneció. Cuanto mayor era la seguridad que la pobre joven tenía, más amarga era la decepción.

—Pero vuelta á mi condición de huérfana, sabré dominar mis sentimientos, dijo Úrsula continuando. Después de todo, ¿he de ser siempre un estorbo para él? ¿Qué hace aquí? ¿Qué soy para aspirar á su mano? Además, ¿no sentía por él al principio una amistad tan divina que llegaba hasta el completo sacrificio de mi dicha y de mis esperanzas? Por otra parte, usted sabe que muchas veces me he reprochado el tener que basar mi amor en una tumba, al saber que mi matrimonio ha de estar aplazado hasta el día siguiente de la muerte de esa anciana dama. Si Sabiniano es rico y feliz con otra, yo tengo, afortunadamente, la dote necesaria para entrar en un convento, adonde no tardaré en ir. En el corazón de una mujer no deben tener cabida dos amores, del mismo modo que el cielo no puede tener dos amos. La vida religiosa no carece de atractivos para mí.

—Pero, hija mía, él no podía dejar ir sola á su madre á Rouvre, le dijo el sacerdote reconviéndola cariñosamente.

—No hablemos más de eso, padre mío. Esta noche le escribiré devolviéndole su libertad y su palabra. Tengo una verdadera satisfacción pudiendo ya cerrar las ventanas de esta sala.

Y acto continuo puso al corriente al anciano acerca del contenido de las cartas anónimas, di-

ciéndole que no quería autorizar las persecuciones de su desconocido amante.

—¡Caramba! ¡qué raro es todo eso! Una carta anónima dirigida á la señora de Portenduere fué también lo que la movió á ir á Rouvre, exclamó el cura. Esto me indica que algún malvado del pueblo se la tiene á usted jurada.

—Y ¿por qué? Ni Sabiniano ni yo hemos hecho daño á nadie, ni perjudicamos á ninguno en sus intereses.

—En fin, hija mía, aprovecharemos esta borrasca que dispersa nuestra sociedad para arreglar la biblioteca de nuestro pobre amigo. Los libros están amontonados, y Bougrand y yo los ordenaremos, al mismo tiempo que los registraremos detenidamente. Confíe usted en Dios, y no olvide que tiene usted dos buenos amigos en el juez de paz y en mí.

—Lo cual no es poco, dijo Úrsula acompañando al cura hasta el umbral de la puerta y tendiendo el cuello como el pájaro que mira fuera de su nido, esperando aun ver á Sabiniano.

En este momento, Minoret y Goupil, que volían de dar un paseo por las afueras, se detuvieron para ver á Úrsula, y el heredero del doctor le dijo:

—¿Qué tiene usted, prima mía? porque nosotros seguimos siendo primos, ¿verdad? ¡Está usted muy cambiada!

Goupil dirigía á Úrsula miradas tan ardientes, que la joven se asustó y se metió en su casa sin responder.

—¡Es muy esquiva! dijo Minoret al cura.

—La señorita Mirouet hace bien en no dar

conversación á hombres en el umbral de su puerta; es demasiado joven...

—Pero usted ya debe saber que tiene novio, le dijo Goupil.

Pero el cura se apresuró á despedirse, y se dirigió apresuradamente hacia la calle de los Burgueses.

—¡Vaya! ¿qué le parece á usted? dijo el primer pasante á Minoret. Está pálida como una muerta, y antes de quince días habrá dejado la villa. ¡Ya verá usted!

—Eres mejor para amigo que para enemigo, exclamó Minoret asustado de la atroz sonrisa que comunicaba al rostro de Goupil la expresión diabólica atribuida por José Bridau al Mefistófeles de Goethe.

—¡Ya lo creo! le respondió Goupil. Si no se casa conmigo, la haré morir á disgustos.

—Hazlo, hijo mío, y te daré el capital necesario para ser notario en París, á fin de que puedas casarte con alguna mujer rica.

—¡Pobre muchacha! pero ¿qué le ha hecho á usted? le preguntó Goupil sorprendido.

—¡Me revienta! dijo groseramente Minoret.

—Espere usted al lunes y ya verá cómo lo arreglo, dijo Goupil al mismo tiempo que estudiaba la fisonomía del antiguo dueño de la posta.

Al día siguiente, la anciana Bougival fué á casa de Sabiniano, y, al mismo tiempo que le entregaba una carta, le dijo:

—No sé lo que le dirá la señorita, pero esta mañana está como una muerta.

¿Quién no se imagina los dolores que sufrió

Úrsula durante la noche, mientras escribía la siguiente carta á Sabiniano?

«Mi querido Sabiniano: Según me han dicho, su madre quiere casarle con la señorita de Rouvre, y acaso tenga razón. Usted se encuentra actualmente entre una vida casi miserable y una vida opulenta, entre la prometida del corazón y la mujer que le impone el mundo, entre obedecer á su madre ó seguir los impulsos de su alma, toda vez que sigo creyendo aún que yo soy su elegida. Sabiniano, si tiene usted que tomar una determinación, deseo que lo haga usted en completa libertad, y le devuelvo la palabra que usted había dado, no á mí, sino á usted mismo, en un momento que no se borrará nunca de mi memoria y que está impregnado, como todos los días que le sucedieron, de una pureza y de una dulzura angelicales. Este recuerdo basta para ocupar mi vida entera. Si persiste usted en su juramento, una idea negra y terrible turbará en lo sucesivo mi dicha. En medio de nuestras privaciones, aceptadas hoy con tanta alegría, podría usted pensar más tarde que si hubiese observado las leyes del mundo su suerte hubiera sido otra. Si usted fuese capaz de pesar este pensamiento, él sería para mí la sentencia de una muerte dolorosa; y, si no me lo dijese usted, yo lo adivinaría en las menores nubes que cubrirían su frente. Sabiniano querido, siempre le he preferido á usted á cualquier otro de la tierra, y bien podía hacerlo, toda vez que mi padrino, á pesar de sus celos, me decía frecuentemente: «Amale, hija mía, que día llegará seguramente

en que seréis el uno para el otro». Cuando fui á París, le amaba á usted sin esperanza, y este sentimiento me satisfacía. No sé si podré acostumbrarme de nuevo á él; pero lo intentaré. Por otra parte, ¿qué somos en este momento más que un hermano y una hermana? Quedémonos así. Cásese con esa joven feliz que tendrá la dicha de dar al nombre de usted el lustre que se merece, lustre que yo disminuiría, según dice su madre. Nunca oirá usted hablar de mí. El mundo le aplaudirá, y yo no le criticaré nunca y seguiré amándole siempre. ¡Adiós, pues!»

—¡Espere usted! exclamó el hidalgo haciendo seña á la Bougival de que se sentase, mientras que él garrapateaba estas cuatro letras:

«Mi querida Úrsula: Su carta me despedaza el corazón al ver que se ha mortificado usted inútilmente y que nuestros corazones han dejado de entenderse por primera vez. Si usted no es mi esposa ya, es porque no puedo casarme sin el consentimiento de mi madre. Además, ocho mil francos de renta en una bonita quinta situada á orillas del Loing, ¿no es una fortuna? Nosotros hemos calculado que con la Bougival economizaríamos cinco mil francos al año. Una noche, en el jardín de su tío, usted me permitió considerarla ya como mi futura, y no puede romper por sí sola lazos que nos son comunes... ¿Necesitaré acaso decirle que ayer declaré francamente al señor de Rouvre que, aunque yo fuese libre, me negaría siempre á aceptar la fortuna de una joven á quien no conociese? Mi ma-



dre no quiere recibirla á usted más, y con esto pierdo la dicha de mis gratas veladas; pero no vaya usted á privarme también del corto momento en que le hablo á usted en la ventana. Hasta la tarde. Nada en el mundo puede separarnos.»

—Vaya usted, vieja mía, para que su inquietud no dure ni un momento más.

Por la tarde á las cuatro, al volver del paseo que daba expresamente todos los días para pasar por delante de la casa de su amada, Sabiniano encontró á Úrsula un poco pálida á causa de los grandes disgustos que había tenido.

—Hasta ahora me parece que no he sabido apreciar el placer que me causan sus visitas, le dijo la joven.

—Como yo no olvido ninguna de sus palabras, respondió Sabiniano sonriéndose, recuerdo que una vez me dijo usted: «El amor va siempre acompañado de la paciencia. Esperaré». ¡Cómo! ¿se ha atrevido usted á separar el amor de la fe? Usted pretendía amarme mejor de lo que la amo. ¿He dudado yo nunca de usted? le preguntó presentándole un ramillete compuesto de flores del campo, cuya disposición expresaba sus pensamientos.

—Usted no tiene ninguna razón para dudar de mí, le respondió Úrsula. Además, usted no sabe todo lo que ha pasado, añadió la joven con voz turbada.

Úrsula había rechazado cuantas cartas pudiera recibir por el correo; pero, sin que ella pudiese adivinar por qué medio, es lo cierto que algunos

instantes después de la salida de Sabiniano, al cual contempló ella hasta que dió vuelta á la calle, encontró sobre la poltrona un papel en el que se veían escritas las siguientes palabras:

«*¡Tiembra; el amante despreciado se convertirá en un tigre!*»

A pesar de las súplicas de Sabiniano, Úrsula no quiso confiarle el terrible secreto de sus temores. El placer inefable de volver á ver á su amado, después de creerle perdido, era lo único que podía hacerle olvidar el frío mortal que acababa de apoderarse de ella. Esperar una desgracia indefinida constituye un horrible suplicio para todo el mundo, pues el sufrimiento toma entonces las proporciones de lo desconocido, que es indudablemente lo infinito del alma. Pero para Úrsula aquellas cartas y avisos fueron objeto de un profundo dolor. La huérfana sufría espantosos sobresaltos al menor ruido, desconfiaba del silencio y creía cómplices á las paredes de su casa. Por fin, su tranquilo sueño se vió turbado. Goupil, sin conocer aquella constitución delicada como la de una flor, había encontrado, con su instinto perverso, el veneno que debía marchitarla y matarla. Sin embargo, el día siguiente pasó sin sorpresa alguna. Úrsula tocó el piano hasta muy tarde y se acostó tranquila y muerta de sueño. A las doce de la noche próximamente la pobre joven fué despertada por un concierto compuesto de un clarinete, de un óboe, de una flauta, de un cornetín, de un trombón, de un flautín y de unos hierrillos. Todos los vecinos